Hay un cristianismo que el mundo moderno puede tolerar sin demasiadas dificultades.

Un cristianismo que habla mucho de valores, pero poco de pecado.
Que habla de fraternidad, pero evita hablar de conversión.
Que habla de Jesús como ejemplo moral, pero casi nunca como Señor.
Que defiende la dignidad humana, pero se avergüenza de proclamar la soberanía de Dios.
Que quiere ser aceptado por todos, incluso al precio de no decir claramente aquello que Cristo mandó enseñar.

Es un cristianismo cómodo.

Un cristianismo domesticado.

Un cristianismo que puede entrar perfectamente en una sociedad secular siempre que no pretenda cambiarla, cuestionarla ni recordarle que existe una Verdad por encima de las opiniones humanas.

Frente a esto, la Iglesia proclama algo mucho más grande, más exigente y también más liberador:

¡Viva Cristo Rey!

No se trata de un grito político.
No es nostalgia de una determinada época histórica.
No significa convertir el Evangelio en un programa partidista.
Tampoco significa imponer la fe mediante la fuerza.

Significa algo infinitamente más profundo:

Jesucristo es verdaderamente Rey.

Rey de los corazones.
Rey de las conciencias.
Rey de la historia.
Rey de la Iglesia.
Rey de la creación.
Rey de vivos y muertos.

Y si Cristo es Rey, entonces el cristiano no puede vivir como si Cristo fuera simplemente un personaje admirable del pasado.

La cuestión fundamental de nuestra época no es solamente si seguimos hablando de Jesús.

La cuestión es **qué lugar ocupa realmente Jesús en nuestra vida**.

Porque podemos hablar de Cristo sin obedecer a Cristo. Podemos admirar a Cristo sin seguir a Cristo. Podemos defender ciertos valores cristianos sin aceptar el cristianismo. Podemos incluso utilizar el nombre de Jesús mientras hemos eliminado cuidadosamente de nuestra fe todo aquello que pueda resultar incómodo.

Y ahí aparece una de las grandes tentaciones espirituales de nuestro tiempo: **convertir el cristianismo en algo que ya no pueda escandalizar a nadie porque previamente hemos eliminado de él todo aquello que exige conversión.**

Pero el verdadero Cristo no se deja domesticar.

Cristo no es un adorno cultural.

Cristo no es simplemente un maestro de ética.

Cristo no es un símbolo de solidaridad.

Cristo no es una inspiración entre muchas.

Cristo es el **Señor**.

Y por eso la Iglesia puede decir, con toda la fuerza de la fe:

> *«**Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra**» (Mt 28,18).*

---

1. ¿Qué significa realmente decir «¡Viva Cristo Rey!»?

Antes de utilizar esta expresión debemos comprenderla correctamente.

La palabra «rey» puede producir hoy diferentes asociaciones. Podemos pensar

inmediatamente en monarquías, gobiernos, instituciones políticas o estructuras de poder.

Pero cuando la Iglesia proclama la realeza de Jesucristo está hablando, ante todo, de una realidad **cristológica y teológica**.

Cristo es Rey porque es el Hijo eterno del Padre hecho hombre.

No estamos ante un gobernante humano que ha recibido temporalmente una autoridad.

Estamos ante el Verbo encarnado.

San Juan comienza su Evangelio afirmando:

> ***«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios»*** *(Jn 1,1).*

Y ese Verbo «se hizo carne» (Jn 1,14).

Por eso la realeza de Cristo tiene una profundidad incomparable.

Pío XI explicó en *Quas Primas*, la encíclica de 1925 dedicada a la institución de la fiesta de Cristo Rey, que la realeza de Cristo no debe entenderse simplemente como una metáfora. Cristo posee verdaderamente autoridad real. El Papa fundamenta esta realeza tanto en las Escrituras como en la unión de Cristo con el Padre y en su condición de Redentor.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña igualmente que Jesucristo es Señor, que posee todo poder en el cielo y en la tierra y que su señorío alcanza al cosmos y a la historia.

Por tanto, cuando un católico dice:

«¡Viva Cristo Rey!»

está realizando una auténtica profesión de fe.

Está diciendo:

Jesús no es solamente alguien a quien admiro. Es alguien a quien pertenezco.

Está diciendo:

Mi vida tiene un Señor.

Está diciendo:

La verdad no depende de mi opinión.

Está diciendo:

La moral no nace de las modas sociales.

Está diciendo:

Mi conciencia no es un reino absolutamente independiente de Dios.

Está diciendo:

Cristo tiene derecho a reinar en mí.

Y precisamente aquí comienza la verdadera revolución cristiana.

---

2. El problema del cristianismo domesticado

El cristianismo domesticado conserva determinadas palabras cristianas, pero elimina progresivamente su contenido sobrenatural.

Habla de amor, pero elimina el sacrificio.

Habla de misericordia, pero elimina el arrepentimiento.

Habla de acogida, pero elimina la conversión.

Habla de dignidad, pero elimina a Dios como fundamento de esa dignidad.

Habla de Jesús, pero evita hablar de su divinidad.

Habla de Reino, pero transforma el Reino de Dios en una simple mejora social.

Habla de paz, pero olvida que Cristo es también juez.

Habla de libertad, pero olvida que la verdadera libertad está orientada hacia la verdad y el bien.

Y así se produce una transformación silenciosa.

El cristianismo deja de ser una religión de salvación y se convierte en una especie de filosofía humanitaria.

Cristo queda reducido a un maestro de buenos sentimientos.

El Evangelio se convierte en una colección de consejos para ser mejores personas.

La Iglesia se transforma en una organización social.

La liturgia se convierte en una experiencia comunitaria.

La oración se convierte en bienestar emocional.

El pecado se convierte en «fragilidad».

La conversión se convierte en «crecimiento personal».

La santidad se convierte en «ser buena persona».

Y el cielo termina convertido en una especie de metáfora de esperanza.

Pero eso ya no es el cristianismo completo.

Porque el cristianismo comienza precisamente con una afirmación mucho más radical:

Dios ha entrado realmente en la historia.

El Verbo se ha hecho carne.

Cristo ha muerto por nuestros pecados.

Cristo ha resucitado verdaderamente.

Cristo ha ascendido al cielo.

Cristo ha enviado al Espíritu Santo.

Cristo ha fundado su Iglesia.

Cristo ha instituido los sacramentos.

Cristo llama a la conversión.

Cristo juzgará a vivos y muertos.

Y Cristo volverá en gloria.

Esto es muchísimo más que una ética.

---

3. Un cristianismo que no incomoda ya no se parece demasiado al Evangelio

Hay una frase del Evangelio que debería hacernos reflexionar profundamente:

> ***«Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por eso el mundo os odia»*** *(Jn 15,19).*

Cristo no está diciendo que el cristiano deba buscar deliberadamente el rechazo.

Tampoco está enseñando que debamos ser desagradables, agresivos o incapaces de dialogar.

La Iglesia no tiene como misión provocar conflictos artificialmente.

Pero sí está anunciando una realidad inevitable:

la verdad cristiana entrará necesariamente en conflicto con determinadas formas de pensar cuando estas contradigan el Evangelio.

Y ahí aparece la tentación de adaptar la fe.

Si determinadas enseñanzas resultan impopulares, podemos sentir la tentación de suavizarlas.

Si la castidad parece anticuada, podemos dejar de hablar de ella.

Si la indisolubilidad matrimonial resulta exigente, podemos reducirla a una idealización.

Si el pecado incomoda, podemos sustituirlo por un lenguaje exclusivamente psicológico.

Si el infierno resulta políticamente incorrecto, podemos evitar mencionarlo.

Si la Cruz parece demasiado dura, podemos sustituirla por un mensaje permanente de bienestar.

Pero Cristo nunca dijo:

«Seguidme siempre que no resulte demasiado incómodo».

Dijo:

> ***«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga»*** *(Mt 16,24).*

Ese es el cristianismo real.

---

4. Cristo Rey no significa Cristo tirano

Aquí es necesaria una precisión teológica fundamental.

La realeza de Cristo no tiene nada que ver con la tiranía.

Cristo no reina como los tiranos.

No gobierna destruyendo la libertad humana.

No obliga a amar.

No conquista las almas mediante la violencia.

Su trono es la Cruz.

Su corona es una corona de espinas.

Su cetro es el servicio.

Su victoria pasa por el sacrificio.

El mismo Cristo lo explicó ante Pilato:

> ***«Mi reino no es de este mundo»*** *(Jn 18,36).*

Esto no significa que su Reino sea irrelevante para el mundo.

Significa que su Reino **no procede de las lógicas mundanas del poder**.

Cristo no necesita un ejército para ser Rey.

No necesita propaganda.

No necesita manipulación.

No necesita violencia.

Su autoridad procede de quién es y de la verdad que anuncia.

Por eso el cristianismo auténtico no necesita convertirse en una ideología.

El cristiano no proclama a Cristo Rey para sustituir un partido político por otro.

Proclama a Cristo Rey porque **ningún poder humano puede ocupar el lugar que corresponde exclusivamente a Dios**.

---

5. La Cruz: el trono desconcertante del Rey

Aquí encontramos una de las paradojas más profundas del cristianismo.

El Rey vence siendo aparentemente derrotado.

El Rey reina desde una cruz.

El Rey vence muriendo.

El Rey conquista entregándose.

El Rey salva mediante el sacrificio.

En el Calvario encontramos un contraste extraordinario.

Los hombres colocan sobre Jesús una inscripción:

«Jesús Nazareno, Rey de los Judíos».

Ellos pretenden convertirla en una acusación.

Dios la convierte en una proclamación.

La Cruz revela qué clase de Rey es Cristo.

No es un rey que exige que otros mueran por él.

Es un Rey que muere por sus súbditos.

No es un rey que busca su propia gloria.

Es un Rey que se humilla por amor.

San Pablo lo expresa magistralmente:

> ***«Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre sobre todo nombre»*** *(Flp 2,8-9).*

La realeza cristiana comienza en la Cruz.

Por eso todo intento de proclamar «Cristo Rey» sin aceptar la Cruz corre el riesgo de convertirse en una caricatura.

---

6. «¡Viva Cristo Rey!» frente al miedo humano

Una de las grandes enfermedades espirituales de nuestro tiempo es el miedo.

Miedo a ser diferentes.

Miedo a ser considerados anticuados.

Miedo a confesar públicamente la fe.

Miedo a hablar de pecado.

Miedo a defender la moral cristiana.

Miedo a decir que algo está objetivamente mal.

Miedo a utilizar palabras como «verdad», «conversión», «juicio», «infierno», «sacrificio» o «santidad».

Miedo, incluso, a ser identificados como católicos.

Y cuando el miedo entra en la vida cristiana, sucede algo terrible:

el cristiano empieza a negociar con el mundo antes de que nadie se lo haya pedido.

Comienza a autocensurarse.

A suavizar.

A esconder.

A pedir perdón por creer.

A hablar de la fe como si fuera una opinión privada que no puede tener ninguna consecuencia pública.

Pero los Apóstoles no actuaron así.

Después de recibir el Espíritu Santo, Pedro y Juan fueron amenazados para que dejaran de hablar de Cristo.

Su respuesta fue:

> ***«No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído»*** *(Hch 4,20).*

Eso es valentía cristiana.

No arrogancia.

No agresividad.

No fanatismo.

Fidelidad.

---

7. La historia de «¡Viva Cristo Rey!» y los mártires

La expresión «¡Viva Cristo Rey!» adquirió una resonancia especial en la historia contemporánea del catolicismo hispano, especialmente vinculada a los mártires que dieron testimonio de Cristo durante períodos de persecución religiosa.

Pero debemos comprender algo esencial:

la fuerza de la expresión no está en una circunstancia política concreta.

Su raíz es mucho más antigua.

Los mártires de todos los siglos han confesado, con palabras o con su propia sangre, la supremacía de Cristo.

Los primeros cristianos vivían en un mundo donde el emperador podía exigir determinados actos de culto.

Los cristianos se negaban.

No porque odiaran a las autoridades civiles.

No porque quisieran destruir el Estado.

Sino porque había una frontera que no podían cruzar:

solo Dios es Dios.

Cuando el poder humano pretendía ocupar el lugar de Dios, el cristiano decía «no».

Y ese «no» podía costar la libertad.

Podía costar los bienes.

Podía costar la vida.

Los mártires comprendieron algo que nosotros olvidamos con facilidad:

hay cosas que valen más que la propia vida.

La verdad.

La fe.

La fidelidad a Cristo.

La vida eterna.

---

8. Cristo Rey y la libertad de la Iglesia

Pío XI vinculó explícitamente la realeza de Cristo con la libertad de la Iglesia para cumplir su misión. En *Quas Primas*, explicó que la Iglesia, como institución fundada por Cristo, no puede quedar reducida a una organización subordinada a los intereses cambiantes del poder civil.

Esto no significa que la Iglesia deba convertirse en un partido político.

Al contrario.

La Iglesia trasciende las estructuras partidistas.

Puede dialogar con distintas formas de organización política sin convertirse en propiedad de ninguna.

Porque su Rey no es un presidente.

No es un primer ministro.

No es un monarca temporal.

No es una ideología.

Es Jesucristo.

Por eso el católico puede participar responsablemente en la vida pública sin confundir jamás el Evangelio con una plataforma política concreta.

La Iglesia puede enseñar principios morales.

Puede defender la dignidad humana.

Puede proclamar la verdad sobre la vida, el matrimonio, la familia, la justicia y la libertad.

Pero ningún partido puede apropiarse de Cristo.

Y ningún católico debería entregar a un partido la fidelidad que pertenece únicamente a Jesucristo.

---

9. Cristo Rey también reina sobre nuestra conciencia

Este punto es decisivo.

Es fácil hablar de Cristo Rey en términos generales.

Es mucho más difícil permitir que Cristo sea Rey de nuestra propia vida.

Porque podemos denunciar el secularismo mientras vivimos como paganos.

Podemos hablar de la defensa de la fe mientras descuidamos la oración.

Podemos discutir sobre liturgia mientras alimentamos resentimiento.

Podemos defender la doctrina mientras tratamos mal a nuestra familia.

Podemos publicar citas de santos mientras vivimos esclavizados por nuestros vicios.

Podemos gritar «¡Viva Cristo Rey!» y, al mismo tiempo, negarle el gobierno de nuestra propia existencia.

La primera conquista de Cristo debe ser **nuestro propio corazón**.

San Agustín comprendió perfectamente esta dinámica.

Dios no quiere simplemente que reconozcamos que Él existe.

Quiere que volvamos a Él.

Que nuestra inteligencia se someta a la verdad.

Que nuestra voluntad se someta al bien.

Que nuestros afectos sean purificados.

Que nuestro cuerpo sea vivido según su dignidad.

Que nuestro tiempo sea ordenado.

Que nuestros bienes sean utilizados correctamente.

Que nuestra familia pertenezca a Cristo.

Que nuestro trabajo sea ofrecido a Dios.

Que nuestra muerte sea confiada a Él.

Eso significa realmente que Cristo reine.

---

10. Cristo Rey de la mente

Vivimos en una época de sobreinformación.

Nunca habíamos tenido acceso a tanta información.

Pero información no significa sabiduría.

Las redes sociales pueden hacer que una mentira se repita miles de veces hasta parecer verdad.

Un vídeo de treinta segundos puede sustituir a años de estudio.

Una opinión puede presentarse como conocimiento.

Una emoción puede presentarse como argumento.

Y la cultura digital puede crear pequeñas burbujas donde cada persona escucha solamente aquello que confirma lo que ya piensa.

Por eso proclamar a Cristo Rey significa también permitir que Cristo gobierne nuestra inteligencia.

El cristiano debe preguntarse:

¿Lo que creo es verdadero?

¿Lo que comparto es cierto?

¿Estoy difundiendo rumores?

¿Estoy juzgando injustamente?

¿Estoy convirtiendo la fe en una guerra permanente de opiniones?

Cristo es Rey también de la inteligencia.

Pío XI señaló precisamente que Cristo reina en las inteligencias porque Él es la Verdad y de Él procede la verdad que el ser humano está llamado a recibir.

Por eso un católico no debería tener miedo de estudiar.

La fe no teme a la verdad.

La fe auténtica busca la verdad.

11. Cristo Rey de la familia

Una de las grandes batallas espirituales de nuestro tiempo se libra dentro de las casas.

Una familia cristiana no es simplemente una familia que tiene una cruz en la pared.

Es una familia donde Cristo tiene un lugar real.

¿Se reza?

¿Se bendice la mesa?

¿Se enseña a los niños a pedir perdón?

¿Se habla de Dios?

¿Se celebra el domingo como Día del Señor?

¿Se participa en la Santa Misa?

¿Se enseña a los hijos a distinguir el bien del mal?

¿Se les enseña que la castidad es una virtud?

¿Se habla de la muerte y de la vida eterna?

¿Se les enseña a amar a la Iglesia?

¿Se les ayuda a comprender que ser cristiano no consiste simplemente en ser una buena persona?

Cristo Rey debe entrar en la familia.

Porque una familia sin Dios puede terminar dependiendo exclusivamente de las modas culturales para educar a sus hijos.

Y las modas cambian.

La verdad permanece.

---

12. Cristo Rey de nuestro tiempo libre

Puede parecer un detalle insignificante.

No lo es.

¿Qué hacemos con nuestras horas?

¿Qué consumimos?

¿Qué vemos?

¿Qué escuchamos?

¿Qué seguimos en internet?

¿De qué hablamos?

¿Cuánto tiempo dedicamos a la oración?

¿Cuánto tiempo dedicamos a la pantalla?

Cristo no quiere solamente una hora semanal.

Quiere nuestra vida.

El cristianismo no consiste en separar:

«Esto es religioso»

de

«Esto es mi vida normal».

Todo pertenece a Cristo.

Nuestro trabajo.

Nuestro descanso.

Nuestra sexualidad.

Nuestra economía.

Nuestra educación.

Nuestra política.

Nuestra cultura.

Nuestros amigos.

Nuestros proyectos.

Nuestros sufrimientos.

Nuestra muerte.

Todo puede convertirse en lugar de encuentro con Dios.

---

13. Cristo Rey y el pecado

Aquí llegamos a uno de los puntos más difíciles.

Si Cristo es Rey, entonces existe una ley.

Y si existe una ley divina, existe también el pecado.

El cristianismo contemporáneo puede sentir la tentación de hablar del pecado únicamente como una imperfección psicológica.

Pero el pecado es mucho más serio.

Es una ruptura con Dios.

Es una rebelión contra el orden querido por Dios.

Es una elección voluntaria contra el bien conocido.

Por eso el cristianismo no puede eliminar la conversión.

Juan Bautista comenzó su predicación diciendo:

> ***«Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos»*** *(Mt 3,2).*

Observemos la relación.

Reino y conversión.

Cristo reina.

Por tanto, nosotros debemos convertirnos.

No puede haber verdadera proclamación de Cristo Rey sin arrepentimiento.

---

14. Misericordia sin conversión: una falsificación peligrosa

Uno de los errores más frecuentes consiste en enfrentar misericordia y verdad.

Como si tuviéramos que elegir:

o misericordia

o

verdad.

Pero en Cristo ambas cosas se encuentran.

La misericordia no significa decir que el pecado no importa.

La misericordia significa que Dios ofrece al pecador la posibilidad de volver.

El padre del hijo pródigo no dice:

«Lo que hiciste estaba bien».

Lo abraza.

Lo recibe.

Lo restaura.

Pero el hijo ha vuelto.

Hay conversión.

Por eso la misericordia cristiana nunca es una simple aprobación.

La misericordia verdadera es mucho más exigente:

ama al pecador lo suficiente como para desear su salvación.

---

15. Cristo Rey y la santidad

La gran respuesta al cristianismo domesticado no es solamente hablar más fuerte.

Es **ser santos**.

Porque una Iglesia llena de personas santas es mucho más difícil de domesticar.

Los santos no fueron necesariamente personas ruidosas.

Muchos fueron silenciosos.

Santa Teresa de Lisieux vivió escondida.

San José trabajó en silencio.

Santa Teresa de Calcuta sirvió a los pobres.

San Maximiliano María Kolbe entregó su vida.

San Francisco de Asís abrazó la pobreza.

San Juan María Vianney pasó incontables horas en el confesionario.

Los mártires dieron testimonio.

La santidad adopta muchas formas.

Pero todos tenían algo en común:

Cristo no ocupaba un rincón de sus vidas. Cristo era el centro.

---

16. La Iglesia no necesita un cristianismo más cómodo, sino cristianos más santos

Quizá esta sea una de las preguntas fundamentales para nuestro tiempo.

No necesitamos solamente nuevas estrategias.

No necesitamos únicamente mejores campañas.

No necesitamos simplemente una comunicación más atractiva.

Necesitamos santos.

Santos que recen.

Santos que conozcan la doctrina.

Santos que confiesen sus pecados.

Santos que eduquen a sus hijos.

Santos que trabajen honradamente.

Santos que sufran con esperanza.

Santos que sepan defender la verdad sin perder la caridad.

Santos que sepan decir «no» cuando sea necesario.

Santos que sepan perdonar.

Santos que no tengan miedo de vivir cristianamente.

Porque la evangelización empieza muchas veces mucho antes de pronunciar una palabra.

Empieza cuando alguien contempla nuestra vida y puede preguntarse:

«¿Qué tiene esa persona que yo no tengo?»

---

17. El Reino de Cristo ya está presente, pero todavía no ha llegado a su plenitud

La teología católica mantiene una tensión extraordinariamente hermosa.

Cristo ya reina.

Pero esperamos todavía la manifestación plena de su Reino.

El Catecismo enseña que Cristo reina ya mediante la Iglesia, que es el germen y comienzo del Reino en la tierra, mientras esperamos su consumación definitiva.

Por eso el cristiano vive entre dos realidades:

ya

y

todavía no.

Ya hemos sido redimidos.

Pero todavía esperamos la resurrección gloriosa.

Ya tenemos la gracia.

Pero todavía luchamos contra el pecado.

Ya conocemos a Cristo.

Pero todavía caminamos hacia la visión beatífica.

Ya pertenece a Cristo la victoria.

Pero todavía experimentamos la presencia del mal.

Esto impide dos errores.

El primero es el pesimismo absoluto:

«Todo está perdido».

No.

Cristo ha vencido.

El segundo es el triunfalismo ingenuo:

«El Reino de Dios ya está completamente realizado en la tierra».

Tampoco.

Todavía esperamos.

Todavía combatimos.

Todavía sufrimos.

Todavía evangelizamos.

Todavía pedimos:

> *«Venga a nosotros tu Reino».*

---

18. ¿Cómo se combate el cristianismo domesticado?

No mediante odio.

No mediante violencia.

No mediante insultos.

No mediante conspiraciones.

No mediante obsesión política.

No mediante una guerra permanente contra todo aquel que piensa diferente.

Se combate mediante la **fidelidad**.

Primero: recuperar la oración

Un cristiano que no reza termina dependiendo de sí mismo.

Y quien depende únicamente de sí mismo termina agotado.

La oración nos recuerda que Cristo es realmente Rey.

Segundo: recuperar la confesión

El Sacramento de la Penitencia destruye una de las grandes mentiras modernas:

«No necesito que nadie me diga que estoy haciendo mal».

Necesitamos conversión.

Necesitamos gracia.

Necesitamos misericordia.

Tercero: recuperar la Eucaristía

En la Eucaristía está Cristo realmente presente.

No simbólicamente.

No metafóricamente.

Realmente.

Y ante Cristo Eucaristía aprendemos quién es verdaderamente nuestro Rey.

Cuarto: recuperar la doctrina

Un católico que no conoce su fe es fácilmente manipulado.

Por eso hay que leer el Catecismo.

Estudiar la Sagrada Escritura.

Conocer la Tradición.

Leer a los santos.

Conocer el Magisterio.

Quinto: recuperar la vida sacramental

El cristianismo no es una ideología.

Es una vida sobrenatural.

La gracia de Dios transforma al hombre.

Sexto: educar a los hijos

No podemos delegar completamente la formación espiritual de nuestros hijos en la cultura.

La familia tiene una responsabilidad irremplazable.

Séptimo: vivir con coherencia

La proclamación de Cristo Rey debe comenzar en nuestra propia casa.

---

19. ¿Qué significa hoy gritar «¡Viva Cristo Rey!»?

Significa levantarse cada mañana y decir:

«Señor, mi vida es tuya».

Significa elegir la verdad aunque resulte incómoda.

Significa permanecer fiel aunque nadie aplauda.

Significa rechazar el pecado aunque sea popular.

Significa perdonar cuando cuesta.

Significa defender la fe sin odiar a quien no cree.

Significa educar a los hijos en la fe.

Significa trabajar honradamente.

Significa cuidar la pureza.

Significa respetar el matrimonio.

Significa defender la vida humana.

Significa acudir a Dios en el sufrimiento.

Significa arrodillarse ante Cristo.

Significa confesar nuestros pecados.

Significa volver a levantarse después de caer.

Significa recordar que ninguna moda cultural puede convertirse en el criterio supremo de la verdad.

Y significa también aceptar algo profundamente consolador:

no tenemos que salvar nosotros al mundo.

El mundo ya tiene Salvador.

Su nombre es Jesucristo.

---

20. Cristo no necesita que lo hagamos moderno

Hay una tentación particularmente sutil.

Pensar que tenemos que «actualizar» a Cristo para que pueda ser aceptado.

Pero Cristo no necesita ser actualizado.

Nosotros necesitamos convertirnos.

El Evangelio no necesita adaptarse a cada generación hasta perder su contenido.

Necesita ser anunciado de manera comprensible a cada generación.

Hay una diferencia enorme.

Podemos utilizar nuevos medios.

Nuevas tecnologías.

Nuevas formas de comunicación.

Nuevos lenguajes pedagógicos.

Pero el contenido de la fe no puede convertirse en una sustancia maleable que adopta cualquier forma con tal de ser aceptada.

El cristianismo no existe para que el mundo diga:

«Qué agradable es esta religión porque no me exige cambiar nada».

Existe para anunciar:

«Cristo te ama y te llama a convertirte, a vivir en gracia y a entrar en la vida eterna».

---

21. El Rey que volverá

Hay una dimensión escatológica que nunca deberíamos olvidar.

Cristo no solamente reinó hace dos mil años.

Cristo reina ahora.

Y Cristo volverá.

El Catecismo enseña que Cristo posee el derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones humanos y que ese derecho está unido a su obra redentora.

Esto debería transformar nuestra manera de vivir.

Porque algún día desaparecerán nuestros argumentos.

Desaparecerán nuestras excusas.

Desaparecerán nuestras máscaras.

Desaparecerá la aprobación de los demás.

No importará cuántos seguidores tuvimos.

No importará cuántos «me gusta» recibimos.

No importará si fuimos populares.

No importará si el mundo nos consideró modernos o anticuados.

La pregunta será mucho más sencilla:

¿Amé a Cristo?

¿Viví en su gracia?

¿Fui fiel?

¿Me arrepentí de mis pecados?

¿Amé al prójimo?

¿Viví según la verdad?

Porque Cristo es Rey.

Y llegará el día en que toda la creación reconocerá plenamente lo que la fe proclama ahora.

---

22. «Toda rodilla se doble»

San Pablo escribió:

> ***«Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre»*** *(Flp 2,10-11).*

Esta es la perspectiva definitiva.

El mundo puede ignorar a Cristo.

Puede burlarse de Cristo.

Puede intentar reducirlo a un personaje histórico.

Puede sustituirlo por ideologías.

Puede convertir su mensaje en una colección de valores.

Puede intentar domesticarlo.

Pero nada de eso cambia la realidad.

Cristo sigue siendo Rey.

Su realeza no depende de las encuestas.

No depende de las tendencias.

No depende de los gobiernos.

No depende de las modas.

No depende de los medios de comunicación.

No depende de que una generación lo reconozca.

Cristo es Rey porque **es el Señor**.

---

23. Frente al cristianismo domesticado, recuperar la radicalidad del Evangelio

Quizá el gran desafío de nuestro tiempo no sea conseguir que el cristianismo sea más aceptable.

Quizá sea conseguir que los cristianos volvamos a ser verdaderamente cristianos.

Que volvamos a rezar.

Que volvamos a confesar.

Que volvamos a comulgar dignamente.

Que volvamos a conocer la doctrina.

Que volvamos a leer la Escritura.

Que volvamos a amar a los santos.

Que volvamos a enseñar a nuestros hijos.

Que volvamos a vivir la liturgia con reverencia.

Que volvamos a hablar del pecado y de la gracia.

Que volvamos a hablar del cielo.

Que volvamos a recordar la muerte.

Que volvamos a esperar la resurrección.

Que volvamos a entender que la Iglesia no existe para confirmar nuestras opiniones, sino para conducirnos a la verdad y a la salvación.

Y, sobre todo, que volvamos a colocar a Cristo en el centro.

Porque quizá hemos intentado solucionar demasiadas cosas mirando hacia todas partes menos hacia Él.

---

24. Cristo Rey comienza por nosotros

No podemos exigir que Cristo reine en la sociedad si no reina en nuestra propia alma.

No podemos denunciar el secularismo mientras vivimos secularmente.

No podemos lamentarnos de la pérdida de la fe mientras nosotros mismos dejamos de rezar.

No podemos pedir familias cristianas si no construimos hogares cristianos.

No podemos reclamar respeto por la liturgia si nosotros asistimos a ella distraídamente.

No podemos hablar de evangelización si nuestra vida no refleja el Evangelio.

La gran batalla comienza en el interior.

Cristo quiere ser Rey de nuestro corazón.

Y para eso debemos abrirle la puerta.

Como dice el Apocalipsis:

> ***«Mira que estoy a la puerta y llamo»*** *(Ap 3,20).*

Cristo llama.

No derriba la puerta.

No obliga.

Espera.

Pero cuando abrimos, comienza una transformación.

---

25. El verdadero significado de «Viva Cristo Rey»

Por eso, cuando un católico pronuncia:

¡Viva Cristo Rey!

no debería hacerlo como un simple lema.

Debería ser una oración.

Viva Cristo Rey en mi inteligencia.

Que piense según la verdad.

Viva Cristo Rey en mi voluntad.

Que elija el bien.

Viva Cristo Rey en mi corazón.

Que ame correctamente.

Viva Cristo Rey en mi familia.

Que nuestro hogar sea cristiano.

Viva Cristo Rey en mi trabajo.

Que actúe con justicia y honradez.

Viva Cristo Rey en mis palabras.

Que no mienta ni destruya al prójimo.

Viva Cristo Rey en mis ojos.

Que no busque aquello que corrompe el corazón.

Viva Cristo Rey en mi cuerpo.

Que lo trate como templo del Espíritu Santo.

Viva Cristo Rey en mis sufrimientos.

Que no pierda la esperanza.

Viva Cristo Rey en mi muerte.

Que pueda entregar mi vida en sus manos.

Y entonces esa expresión deja de ser solamente un grito.

Se convierte en una existencia.

Conclusión: no queremos un Cristo domesticado

El mundo puede tolerar fácilmente a un Cristo reducido a maestro de moral.

Puede tolerar un Jesús convertido en símbolo de solidaridad.

Puede tolerar un Jesús convertido en inspiración cultural.

Puede tolerar incluso un Jesús que aparezca en cuadros, monumentos, libros y celebraciones, siempre que permanezca cuidadosamente encerrado en el ámbito de lo privado.

Pero el Cristo del Evangelio no acepta ese lugar.

Porque Cristo no dijo:

«Admiradme».

Dijo:

«Sígueme».

No dijo:

«Incluidme entre vuestras opiniones».

Dijo:

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6).

No dijo:

«Tomad de mí los valores que os resulten útiles».

Dijo:

«El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16,24).

Y por eso, frente a un cristianismo reducido a valores humanos, frente a una fe convertida en simple sentimiento, frente a una religión que teme confesar la verdad, frente a un Evangelio mutilado para hacerlo más cómodo, el católico debe recuperar una certeza sencilla y radical:

Jesucristo es Rey.

Rey cuando el mundo lo aclama.

Rey cuando el mundo lo rechaza.

Rey cuando somos muchos.

Rey cuando estamos solos.

Rey en la gloria.

Rey en la Eucaristía.

Rey en la Cruz.

Rey en el corazón del santo.

Rey en el último suspiro del mártir.

Rey de la historia.

Rey de la Iglesia.

Rey de nuestras familias.

Rey de nuestras almas.

Y llegará el día en que veremos con nuestros propios ojos aquello que ahora creemos por la fe.

Entonces ya no habrá discusión.

Ya no habrá opiniones.

Ya no habrá ideologías.

Ya no habrá modas.

Solo quedará la verdad.

Jesucristo es Señor.

Por eso, hoy, mañana y hasta el último día, la Iglesia puede seguir proclamándolo con humildad, valentía y esperanza:

¡VIVA CRISTO REY!

No como una consigna de odio.

No como una bandera partidista.

No como nostalgia política.

Sino como una profesión de fe.

Como una promesa.

Como una oración.

Como una entrega.

Como el reconocimiento de que, por encima de todos los poderes humanos, existe un Rey que no pasa, un Reino que no termina y una Verdad que ninguna época puede abolir.

¡Viva Cristo Rey!